



F

987.0632092

R934

e.3

José Vicente Abreu
EL MENSAJE DE LEONARDO
A LA JUVENTUD VENEZOLANA

**DONACION
NESTOR TABLANTE
y
GARRIDO**

LF/3
1000R^o

^{10/3}
CAH 2143

Biblioteca Nacional
Caracas - Venezuela

Don don Martin,
ata via historia sur
Gin la martine 5:30
Fotomulm ant
Vigente
Vigente

Cogues, 2 de enero de
1975

BIBLIOTECA NACIONAL

BS. 1000
Donación

F
984.0632092
R 934
e.3

José Vicente Abreu
EL MENSAJE DE LEONARDO
A LA JUVENTUD VENEZOLANA

Cuando Leonardo Ruiz Pineda llega a Caracas —17 años de sueños y esperanzas, septiembre de 1933—, confiesa que vuelve a nacer. Viene poeta en ciernes y trae una apretada maleta de papeles que a él le parecen sus primeras banderas —*Banderas de Papel* era el título del libro que pensaba publicar—, cuando llega por el alucinante mundo de las letras. O como él mismo lo dice con palabras conmovedoras en la Cárcel Modelo de Caracas, en diciembre de 1948, a un mes del cuartelazo de noviembre, sin reproches, sin una pizca de amargura... “Entraba a mi ciudad madre, la que luego formaría a su imagen y semejanza el contorno de mi nueva vida...”

No, Caracas no era para la muerte sino para la vida.

Nadie podía presentir entonces que, escasos diecinueve años después, las calles de la ciudad se llenaban de rojo con su sangre. Quizás el poeta inicial que había en él, oye a la distancia las voces de la fuga, de la huida, de la noche perseguida, azarienta y clandestina, ínglima, de acoso permanente, cuando en la Guerra Civil española muere Oscar Pantoja Velásquez y escribe un romance que le duele y hoy se nos antoja premoriente:

“...su nombre, sangre en España,
ruda, roja, ardiente corre,
por las calles de Caracas”.

Y esas mismas palabras de lamentación, nos parece que las decía Leonardo con su propia muerte: "Su voz estaba en el aire, cuando la cortó la bala..." ¿La misma bala aquí y allá, en el cerebro, salida de la misma mano asesina?

No, Caracas no era para morir ni se le apareció con los terribles signos trágicos de la muerte tensa y atormentada de concreto, sino como "la ciudad alegre... desbordante de esa imponderable fuerza espiritual que fluye en la sonrisa de sus mujeres y en el ademán acogedor de su regazo..." idéntica a su espíritu. Ella lo había cuidado — madre y lo hizo suyo entre sus callejuelas, recodos y escondrijos. Le había nacido un hijo escondido, prohibido, un hijo de las sombras que siempre amamanta de heroísmos la ciudad, en las horas difíciles de las tiranías. Y este Leonardo de Caracas solamente —porque se lo ganó en desigual combate—, en menos de cuatro años, llenó con su presencia de leyendas, los diez mugrosos de la dictadura. Lo seguían unos jóvenes que en poco tiempo convierten sus esperanzas en compromisos, aquel de llegar al final, a riesgo de la vida, frente a las tiranías. Porque Leonardo fue entonces la encarnación del sacrificio.

Ante estos hombres nunca pasa el tiempo de recordar. Tal vez los jóvenes de hoy apenas saben de Leonardo el nombre de una calle, de un barrio, de una escuela, de una célula, de un centro cultural. Si alguien pregunta, ¿quién es? no falta quien responda con la premura y la velocidad de una ciudad donde está prohibido detenerse:

—A uno que mataron en Caracas...

Pero cuando alguien pasa por allí, por esa calle, donde ya hoy entre manchas de asfalto y gasolina no hay mancha del crimen sobre la tierra, si pasa —repito— y es joven, con algo de luz en los ojos, está ante el compromiso de no seguir de largo hacia el porvenir sin reconocer allí una brizna del pasado reciente que le permite ver el sol cara a cara. Porque allí está todavía la dolorosa sangre del sacrificio de Leonardo, como una reliquia, resumen,

integración, esperanza de muchos sacrificios más consumados en aquella mala hora. Sacrificios de años de juventud de muchos jóvenes que se hicieron hombres en el amor a la libertad. A muchos se nos fue la vida en esos duros años donde veíamos la prisión, la tortura o la muerte como simples accidentes de trabajo. Pensábamos que a una caída debía sucederle necesariamente un levantarse en otro, sin un instante de tregua con la muerte.

Pero los jóvenes de hoy tienen necesidad de saber algo más. Tal vez que no fue inútil del todo el sacrificio. Y que no sólo aprendimos a levantarnos de la muerte y a andar con unos recuerdos en las sombras para continuar con algunas ansias de vivir. En ocasiones nos ganaba esa cosa extraña que han llamado el sentido trágico de la vida. Pensábamos que caíamos. Pero generalmente volvíamos a la conciencia de estar en algo que no moría en nosotros y terminaba en nosotros, y por eso, se nos convertía la vida en un instante alegre, sonriente, amable, fraternal, extrañamente amplia aun en los peores momentos de soledad.

Ahora pienso que he tomado un ritmo cronológico, difícil de seguir para la juventud de hoy. Salto de un momento a otro momento guiado sólo por el hilo interior de unas vivencias en la ciudad, la juventud, la libertad y la muerte. Sigo un camino fácil para mí porque me acompañan viejos recuerdos que no expreso, que no digo, por esa absurda costumbre de creer que todos saben el trozo de vida importante que nos ha tocado vivir.

¡El trozo de vida! Cuando no andamos por caminos diferentes a los de la historia presente, sin oportunismos ni evasiones. Debo volver al principio a buscar los elementos que integran un ser humano y lo preparan en todos los aspectos para las horas malas. Leonardo, por ejemplo, tenía 35 años cuando lo asesinaron el 21 de octubre de 1952 en una calle de San Agustín del Sur. Sin embargo, de esos 35 años, vivió plena e intensamente solamente tres. Y esos tres, trataron de cortarlos bruscamente con una bala

parda en un segundo, un instante —como decíamos entonces al calor de las palabras de viejos revolucionarios del mundo— para desplomar treinta y cinco años donde la vida se ha formado intuición, sabiduría, versos, sentimientos, coraje, en fin, un compendio humano donde se integran las miles de vidas que ha forjado la libertad a lo largo de todos sus milenios de existencia.

Pero debo volver al principio. Me obsesiona el instante de la muerte porque se me fue hacia adentro su vida, en los duros años que compartimos con los mismos sueños.

Leonardo de Caracas era andino. El lo dice así en sus apuntes autobiográficos:

“Mi partida de nacimiento afirma que nací el 28 de septiembre de 1916, a las 7:30 de la noche en Rubio”.

(Ya dijimos al principio que su otro nacimiento escogido y voluntario fue en Caracas en 1933).

La infancia es la de un niño de frontera, en la afirmación de sí mismo y de su nacionalidad. Con sus padres se abre paso en la pobreza. Ansias de saber, de valerse por sí mismo, con una voluntad riesgosa en pequeñas pruebas constantes de valor. Vivir y el mundo es la casa para un nuevo descubrimiento diario, sin riesgos de mar océano en carabelas crujientes de motines. Y más tarde es el barrio y el pueblo que lo desafía a la conquista. Y por la frontera viene en el aire una invasión de Juan Pablo Peñaloza que se le transforma a los muchachos en su juego de invasiones de lucha, de huida a la frontera de una raya o del muro o el alambre de un viejo solar, para volver a violar, a traspasar linderos de tiranía. Juegos de invasión con Peñaloza en la intuición de la libertad. Y Peñaloza viene en la obsesión de combatir toda la vida. Y Peñaloza huye y burla y se va por los montes, por los páramos, entre los grandes vientos habladores para el eterno desafío.

Aprende a leer y escribir con la alegría de abrirse hacia un mundo mayor en las lecturas. Y un tío viene de Colombia, u otro escon-

dite, bajo la sombra de la clandestinidad. Fabrica sus propias armas de fuego y le enseña la técnica a Leonardo. Meses de entrenamiento en el monte: cazador, pescador, atrevido merodeador de sombras en la noche. Su tío lo prepara en unos riesgos y unas valentías que cree indispensables en todos los tiempos de Venezuela. Y el tío viene escondido y se va en secreto con su Virgen del Carmen otra vez, al otro lado de la frontera. Y ese tío le deja la marca indeleble de los perseguidos: burlar, escapar, desaparecer en las sombras como si se disolviera en ellas.

Y en la escuela aferrarse a la nacionalidad frente a los maestros colombianos. Los libros, la escuela y el liceo para el camino de afirmarse. Ejercicios sobre diversos temas, versos, los primeros discursos. Y ya empieza conscientemente la rebeldía.

A Leonardo se le asoma la noción de algo feroz, terrible, mandón desde la distancia de los hombres del gobierno. Comienza a formarse, gelatinosa aún, borrosa-niebla de temores y secretos, la imagen de los malos encarnada en la dictadura, los policías, los déspotas. Las redadas, los allanamientos, las delaciones y los trabajos forzados de humildes ciudadanos coinciden con las invasiones reales o inventadas de Peñaloza. Los perseguidos, los acosados o simplemente quienes están fuera del gobierno, siempre tienen un ojo en la frontera: la frontera invadida o desolada es un termómetro o un reloj que marca la hora de esconderse y hablar en secreto. El mundo que empezaba a descubrir en la infancia cada vez con mayor hondura se le divide en dos:

—Los malos . . . y los buenos . . .

No, las cosas no son homogéneas, de una sola pieza. Y el niño relaciona la medida de los hombres con sus propios intereses infantiles que nada tienen que ver con los intereses económicos, sociales o políticos.

Hay un campo amigo y un campo enemigo incipientes en la justicia o la injusticia de la infancia. Y este mundo es decisivo en el desarrollo futuro.

De la inquietud que descubre en los adultos algo le queda. Leonardo narra uno de estos dramáticos momentos:

“Insensiblemente me rodeaba el mundo de los acontecimientos políticos. Una vez capté en el círculo de amistades más íntimas de papá una conversación rumorosa, cerrada, discreta. No logré entender nada, absolutamente nada; sólo me llegó al oído lo referente a unos hombres que habían sido colgados en garfios, públicamente, en San Cristóbal, donde habían estado expuestos a la contemplación de los transeúntes, hasta que los zamuros empezaron a destrozarlos. Así empecé a conocer, en la oscuridad de mi espíritu infantil, el terror de una época. Aquello me perturbó la conciencia y trastornó mi pensamiento. No acertaba a explicarme por qué habían colgado a aquellos hombres. . . Fue después en las conversaciones con mi hermano, cuando tuve la noción exacta y bárbara. Era Eustoquio Gómez quien lo había ordenado, a raíz de un atentado contra su vida. Esa anécdota la conocí ampliada después cuando en el pueblo vino a fijar residencia política Fernando Gómez, familiar lejano del entonces Presidente de la República, Juan Vicente Gómez. Se refería que entre los guardaespaldas de Fernando Gómez figuraba un policía de apellido Perdomo a quien señalaban como uno de los autores del asesinato de los tres ciudadanos que, en San Cristóbal, fueron públicamente exhibidos colgando de los garfios. Se comentaba que Perdomo era presa de alucinaciones y que veía cerca de él los cuerpos animados de las víctimas que le perseguían y le obligaban a lanzar desesperados gritos de cobardía. Durante la permanencia de aquel Fernando Gómez en el pueblo, empezó a formarse en mí un claro sentimiento de rechazo contra ese apellido y su significación política”.

Muchos hechos imborrables u olvidados en la infancia integran la noción antidictadura de Leonardo Ruiz Pineda. Pero junto a ese Peñaloza-leyenda, voluntad de invasión, sonoro y detonante nombre antigomecista, aparece otro hecho definitivo en los deslindes

infantiles de Leonardo: una proclama de Régulo Olivares. Un primer contacto "con una voz extraña que combatía a Gómez". La proclama doblada, secreta, circula en la escuela y los niños sacan copias manuscritas para distribuirlas entre amigos y familiares. (Primer trabajo de propagandistas clandestinos, propagandistas que no desperdician medios por precarios que sean). Ya Leonardo, niño todavía —ocho o nueve años de edad— anda con los ojos abiertos y se identifica con los perseguidos que le forman el alma en heroísmos, en riesgos, en temeridades. Sí, los ojos abiertos porque se alternan intereses infantiles con inquietudes de todo el pueblo.

Y se le acaba la infancia cuando cae preso Juan Pablo Peñaloza. Entonces debe ser un hombre en plena adolescencia. Debe tomar partido, definirse abiertamente. Leonardo cuenta la caída del viejo guerrillero:

"Una tarde cundió la noticia de que el general Juan Pablo Peñaloza había sido detenido cerca de La Fundación, por donde recorría en unión de un nutrido grupo antigomecista el accidentado territorio de Uribante. Acostumbraba atravesar la frontera el viejo guerrillero, en aventuras de combate fulgurante que daban acento épico a sus andanzas audaces y arriesgadas. Esta vez había sido atrapado por los perseguidores gubernamentales que lo acosaron bajo la dirección de José Antonio González, jefe civil del Distrito Cárdenas y viejo compañero de luchas del general Peñaloza. En el liceo la noticia causó pugna de opiniones, fricción de comentarios. Un grupo se mostró jubiloso por el suceso y algunos de ellos solicitaron permiso para presenciar el arribo del viejo guerrillero que entró a la ciudad en un automóvil descubierto, al lado de José Antonio González, quien lo exhibía como trofeo, pero custodiándose la espalda con un recio puñado de fusileros parameños y cedraleros. A los pocos meses, José Antonio González recibía el galardón administrativo por sus habilidades al ser promovido a Presidente del Estado.

“Pocos meses después un hecho absurdo vino a golpear en mí de un modo definitivo. Un grupo de estudiantes dio calor a la idea de colocar el retrato de José Antonio González en el salón principal del liceo, como homenaje a quien deberíamos considerar como protector del instituto. Los proponentes fueron Pérez Vivas, Simón Becerra y Laviosa Colmenares. El estudiantado vibraba de indignación ante la escandalosa demostración de servilismo”.

Para Leonardo era el retrato del traidor y perseguidor, la representación de la dictadura en el Táchira. Un homenaje de esta naturaleza solamente la merecía el viejo guerrillero del diario traspaso fronterizo, Juan Pablo Peñaloza, quien alentaba la esperanza embrionaria.

No. Nunca en un liceo hay cabida para el retrato del perseguidor, cualquiera que sea.

Y Leonardo fue sacado del liceo. No lo admiten como externo, pero no se resigna a perder el año tal como se lo aconsejaban. No podía perder un solo instante en el camino que ya comenzaba a clarearse en su interior. Se clareaba, parodójicamente con la sensación de perseguido, de rebelde, de inconforme. Eso que se pudo ver en sus versos de alucinado, en sus papeles arrinconados o perdidos.

No podía perder el año y se viene a Caracas a hablar con el mismo Ministro de Educación. Lo guía todo el romanticismo y la audacia de siempre. No cree en derrotas y se siente con las mejores fuerzas morales para ganar batallas. Le aconsejan que regrese a su pueblo y no insista más. Pero el muchacho sigue todos los días el camino del Ministerio de Educación. Y es entonces cuando recibe una lección definitiva. Leonardo dice: “En la casa de familia donde estaba instalado todos comentaban mi caso con pasión e interés.

“—Pero si usted tiene lo que más necesita para triunfar: es tachirenses...”

“La observación fría de aquel hombre, dicha sin regusto de cinismo, pero reveladora del mal que roía la entraña de la República, me alertó contra la tentación. Mi padre tampoco podría aprobarme ese procedimiento. Aquel hombre faenero cotidiano, servidor de sí y de los suyos, orgulloso de su decoro íntimo y de su dignidad inmaculada, me reprocharía duramente ese acto de debilidad. Definitivamente no podía dar aquel paso. Y entonces emprendí mi viaje de retirada, de regreso a mi pueblo, derrotado y vencido”.

Se creía que las cosas se facilitaban más para los andinos. Además se quería desintegrar la nacionalidad en la división simplista entre andinos y los demás venezolanos. Pero para Leonardo el mundo venezolano se había partido en dos en otra forma. Leonardo no era un tachirense, era un perseguido: entraba por la hoja de la puerta que sólo abren los buenos, como en la alegoría mexicana de Diego Rivera. Ya las bases humanas del luchador empezaban a espigar. Distinguía perfectamente, en plena dictadura, de qué lado estaba, aún en la tentación del “tachirense”. Porque supo ver claramente que su ídolo tachirense de la infancia, combatía al gomecismo y había encarnado sus primeras esperanzas, cuando entraba por la puerta de los buenos en la frontera.

Hay cierta desolación adolescente, se le desploma la tierra bajo los pies y tiene que construirse su propio mundo. Por eso no regresa a San Cristóbal, al liceo, a tratar de conciliar, de lograr un acomodo, una fórmula de salvación, sino que busca fuerzas en la madre y en el páramo. Se le mezclan madre, versos y páramos en la melancolía, en la incomprensión y el rechazo. Cuando todo se le cae, se levanta en lecturas y viajes imaginarios que lo ponen en contacto con grandes voluntades. Se levanta en ensayos y poemas que no publica nunca, pero que le permiten una salida, un desgarramiento que se cicatriza en las letras.

No, el mundo no se acaba en esa gran derrota interior que entraña para él la caída de Juan Pablo Peñalosa, su fracaso en un año y la vía oportunista de “tachirense” que le sugieren (Después hay

mil derrotas más para levantarse otra vez y no dejarse ganar por fracasos y frustraciones. No, no hay derrotas posibles mientras quede aliento para levantarse otra vez).

Leonardo dice que gozó en el páramo el inmenso placer de la soledad. Nunca más se repite esta circunstanciación. Pero ¿soledad de adolescencia con todos los habitantes de la imaginación, donde la fantasía no da reposo? No hay viento, ni soplo, ni silencio que no forme parte de ese interminable diálogo donde se tiene la conciencia de una integración con la naturaleza. Entonces vuelven las fuerzas por un doloroso proceso de purificación. Los horizontes vuelven a ser visibles en medio de la niebla interior. Y un poema suyo aparece en un periódico local precedido de una nota del poeta Antonio Castellanos:

“RP será de los que llegarán. Debemos abrirle camino”.

Palabras que recuerda a lo largo de su corta vida, pero no para regodearse en el primer halago, la bienvenida prometedora. Ni siquiera para quedarse promesa y seguir promesa sin llegar. Si no siguió ese camino que querían abrirle en las letras, él mismo se hace camino, se hace poema, palpita, emociona y se labra *verso a verso* un destino en la nueva concepción de los poetas que no mueren tísicos, alcohólicos o suicidas, sino en un lugar de combate. Como tantos en las calles y en los caminos de esta América donde el mejor poema es la liberación, con tantas cosas que mueren en uno.

Sí, se le abrió el camino del poeta de nuestro tiempo. Con una concepción que nos dice más tarde en 1943 cuando saluda la poesía de Otero Silva:

“Porque nadie perdona que se reúnan palabras hermosas para exaltar la blancura de la orquídea mientras los niños sin nombre, hijos de la oportunidad amorosa, mueren a lo largo de los caminos campesinos. Porque es un crimen cantar para la ociosidad de hombres y mujeres cuando la humanidad se desangra en esta lucha

tremenda contra el fascismo. Por todo ello no puede defenderse la posición del poeta abstracto, que se sitúa frente al mundo como cronista insensible, a manera de espectador indiferente que compró su palco para presenciar la pena común de muchos hombres.

“El arte no es una manifestación desvinculada de la historia ni de los ambientes... A nadie interesa la preocupación sentimental del poeta por su mundo propio, ni sus emociones son la vida o la muerte para la lucha constante de los hombres”.

Esto dijo después, pero ya se gestaba en él. Era el mundo que buscaba en su poesía y que alguna vez logró y se perdió entre los papeles que se queman. Y ya que saltamos cronológicamente, voy a citar algo que Leonardo nos decía, casi con las mismas palabras, pero que escribió Pablo Neruda en su prólogo a “Poesía Política”, en 1952, precisamente el año que mataron a Leonardo. ¿Lo había leído Leonardo o lo había extraído de su propia experiencia de conductor clandestino? Citaré a Neruda:

“Por eso son enemigos de la poesía cuantos excluyen de ella la lucha que es también nuestro pan de cada día. Aquellos que nos ponen una frontera, quieren destruir todo el castillo. Aquellos que, políticamente, quieren apartar la poesía de la política, quieren amordazarnos, quieren apagar el canto, el eterno canto.

“Yo quiero que todos los poetas canten la rosa roja y la rosa blanca, los ojos azules y los ojos negros, los días de sol sobre la arena y las noches de sombra tempestuosa. Yo quiero que todos canten sus amores.

“Si no lo hicieran, estarían traicionando sus propios mandatos imperiosos. Pero hay una traición más aterradora, y es la de que nuestro canto no comparta, no recoja o no guíe los caminos del hombre. La sociedad humana y su destino es materia sagrada para el ciudadano, pero para el poeta es masa creciente, cración profunda, obligación original. No hay poesía sin contacto humano. En el pan de mañana deben ir señaladas las manos del poeta.

“¡Ay de aquéllos que no comprendieron sino el silencio, cuando la poesía es palabra, y de aquéllos que sólo comprendieron la sombra, cuando la poesía es luz de cada día y cada noche de los hombres!

“Por eso el camino no va hacia adentro de los seres, como una red de sueños. El camino de la poesía sale hacia afuera, por las calles y fábricas, escucha en todas las puertas de los explotados, corre y advierte, susurra y congrega, amenaza con la voz pesada de todo el porvenir, está en todos los sitios de las luchas humanas, en todos los combates, en todas las campanas que anuncian el mundo que nace, porque con fuerza, con esperanza, con ternura y con dureza lo haremos nacer.

“¿Nosotros los poetas?

“Sí, nosotros, los pueblos”.

(Neruda murió hace un año de una enfermedad endémica de América Latina y que nunca aparece en ninguna autopsia, tampoco fue descubierta en la de Leonardo once años atrás. Neruda murió de traición, de tiranía, de gorilada, diez días después del asesinato del Presidente Allende. Leonardo estaría hoy, como toda la juventud venezolana, apasionadamente en la Resistencia contra la cruel dictadura militar de Chile).

Pero de aquel momento que venimos narrando, cuando en su pueblo tiene contacto con Antonio Quintero García, que viene prófugo de las aulas universitarias y funda una revista, Leonardo toma conciencia del papel de las artes. El dice:

“Empecé a cavar la entraña fundamental del arte y a descubrir su contenido vital y humano, su razón intrínseca como disciplina en la actividad creadora. Entendí por qué el arte tiene un deber social por cumplir y aprendí a descubrir en la intimidad de la cultura una nueva y consciente dimensión que es su obligación histórica frente a la sociedad. A Antonio Quintero García le debo ese destello de conciencia”.

Y así, con este bagaje llega a Caracas. Y el poeta vive, encarna la realidad de su propio poema del sacrificio.

Aquí retomamos el hilo de su nacimiento en la ciudad-madre, en la Caracas que lo ve llegar poeta con banderas de papel y no con enarbolado pendón de montoneras triunfantes. No viene como una amenaza. Y de inmediato se incorpora al proceso de la caída de Juan Vicente Gómez, a fines de 1935. Estudia, lucha, escribe. Vida legal en la Federación de Estudiantes y clandestina en las organizaciones ilegales. Se identifica con lo mejor del pueblo en la Guerra Civil española. Con ella anda siempre y se le ve llegar a las reuniones con los poetas de la revolución. Siempre entre las manos Antonio Machado, García Lorca, Alberti. Siente a España por sus poetas combatientes, sangrantes.

(Como escribe más tarde —a los doce años de la República Española—, siempre estará en su corazón:

“...Y hay que hacer un alto en la actividad del pensamiento y saludar a España: sangre, amor y presencia en esta lucha, valor y símbolo en la marcha de la humanidad.

“No se puede nombrar a España sin que se diga con aquel poeta: ‘¡Ay! cómo me dueles por dentro’, o se exclame: ‘y un río de leones me sube por la sangre’. Y es que España duele como un recuerdo triste cuando se nombra”).

En lo más íntimo no pocas veces se ha planteado ese irse a España y combatir por ella como tantos poetas. Pero piensa con apasionado rigor internacionalista que su lucha contra el fascismo está aquí mismo. Neruda está allá y tal vez ya comienza a representarlo a él y a todos los poetas en el combate contra la horda salvaje que se arma con lo más civilizado para destruir. España es un campo de experimentación de la guerra por venir. Pero aquí en Venezuela la persecución no da tregua. Rugen sus poemas en el Teatro

Municipal cuando el gobierno de López Contreras acosa y expulsa a los dirigentes populares del país. Dirige sus versos contra los enemigos del pueblo, contra los asesinos fascistas, y es poeta de andanza y de sacrificio secreto.

En este período no podemos dejar de citar la voz sentida, dolida, de otro desaparecido: J. M. Siso Martínez. El dice de este momento definitivo de Leonardo:

“Todo esto mientras cierra filas en los cuadros clandestinos del Partido Democrático Nacional (P.D.N.) ‘organización de la izquierda, instrumento al servicio de la revolución democrática y anti-imperialista’, como escribiera (Leonardo) años más tarde. Quienes lo formaban también lo dejaron escrito: ‘Eramos un equipo de muchos estudiantes, movidos por el fervor de los veinte años, y un puñado de trabajadores abanderados en la lucha por la justicia social’. Para la lucha subterránea escoge el seudónimo de Neruda, síntesis de su admiración por el gran poeta del Sur”.

Neruda le parece símbolo apropiado para combatir y cantar. (Probablemente Neruda se llamaría hoy Leonardo en la Resistencia chilena contra los asesinos de su pueblo). Tal vez busca la identidad en un poeta que llega a unos acontecimientos y se entrega a ellos con la pasión de las palabras y los fusiles. Escribe, estudia, lucha, huye. La preparación de la infancia de un niño de frontera no ha sido inútil para el joven luchador. Por allá anda aquello que comenzó como merodeador de sombras.

Pero permítaseme citar de nuevo a Siso Martínez, que lo acompañó en esta peripecia semilegal de luchar contra los poderosos.

“En 1938 —dice Siso Martínez— el partido lo encarga para dirigir las elecciones en el Estado Bolívar. Con menguados dineros emprendió el viaje. Ese año las lluvias inundaron los llanos venezolanos, se salieron de madre los ríos, y el viaje calculado en tres días le llevó treinta, los más de los cuales tuvo que hacerlos a pie, hambriento pero alegre, siempre escribiendo romances y sustitu-

yendo la visión poética que tenía de la vasta llanura por esa otra real de soledad y miseria. Cantaclaro esfuminado para dar paso a Juan el Veguero, el eterno humillado. Lo tentaba la imprevista odisea y en posteriores días recordaba con humor infantil esa experiencia de sus años mozos y gustaba de evocar —montañés asombrado— la gran serpiente orinoquense y la alucinante visión selvática de la Guayana. Pero no se quedó en paisaje la odisea. Allá en Upata, airosa población enclavada en la selva, Rosa de la Montaña en el poético lenguaje de los guayanos, sentó sus reales y vibrando su espíritu con el espíritu democrático del dionisiaco pueblo, organizó las fuerzas populares para disputar las elecciones a una maquinaria electoral fraudulenta organizada por el propio gobierno. La represión no se hizo esperar. Encarcelado, entre gendarmes se le llevó a San Félix, pequeño puerto sobre el Orinoco y en una frágil canoa se le condujo al otro lado, a una playa deshabitada de donde tuvo que recorrer muchos kilómetros para encontrar un ser viviente. Y mientras el pueblo upatense protestaba virilmente por el atropello del cual era víctima, se introdujo clandestinamente a Ciudad Bolívar, donde organizó las fuerzas del P.D.N. Los dulces, tristes ojos de mi madre se nublaron de lágrimas por él, en ese entonces”.

A Guayana va de la mano de Gallegos y los poetas de la Guerra Civil española. Lo guía una misión de organización civil, pero no deja de pensar en los dilatados escenarios de una lucha armada caudillesca, sin una sola idea de redención. Pero no lo sorprende la prisión y expulsión del otro lado del río y un regreso guerrillero, de sorpresa, en la noche para burlar la vigilancia policial y cumplir los objetivos políticos. No, un revés, un regocijado éxito policial momentáneo —canoas, soplones y río de por medio— no es para salir en derrota desesperado y vencido. Leonardo vuelve, insiste, aprovecha las grietas del acoso y regresa al combate desigual. No regresa, continúa, porque no se interrumpe nunca esa idea clara de resistencia y combatividad que lo caracteriza.

Nos detenemos aquí, porque esta misión en Guayana le da todos los elementos de una rica experiencia que luego desarrolla en los tres años de extraordinaria lucha clandestina contra la dictadura de Marcos Pérez Jiménez.

Vuelve a Caracas y el estudiante de misiones clandestinas se gradúa de abogado. Los estudios no se han limitado a una carrera mediocre. Analiza seriamente todas las corrientes del pensamiento universal, pero fundamentalmente las ideas políticas de nuestro tiempo. La poesía sigue allí a la zaga, pero ya se lo ganan el periodismo y la lucha política.

Regresa al Táchira, a un ambiente hostil, con una voz extraña en los planteamientos de los problemas. Se convierte en el centro de la juventud desde el Salón de Lectura, y funda su propio diario, "Fronteras", donde publica su columna "Ventanas al Mundo". Como dice en el primer artículo, "estamos abriendo con esta sección una clara ventana a la dura pared del mundo". Y por esa ventana se asoma a todo lo que ocurre sobre la tierra y particularmente al acontecer venezolano. Estamos en plena guerra mundial (1943) y en Venezuela se debate un nuevo estatuto petrolero. Por eso su segundo artículo se llama "Congreso y Petróleo". De él citaremos las primeras palabras:

"El petróleo ha sido para la historia de los últimos veinticinco años venezolanos manzana de discordia, factor decisivo y fundamental. El petróleo nos ha orientado hacia todos los rumbos. Nos convirtió en tema puntual para las charlas doradas de Wall Street. Nos incluyó en las chequeras de Deterding, Mellon, Morgan y Rockefeller. Luego nos ha traído a esta condición de lacayos del capital inversionista. Nos ha hecho célebres y expertos en maquinaciones palaciegas, en combinaciones diplomáticas, en gestos urbanizados de politiqueros. Hacia todos los rumbos nos ha aventado el petróleo con su soplo majestuoso. No hay renglón en esta historia venezolana de los últimos veinticinco años sobre el cual no haya caído la gota de petróleo para bautizar una intriga".

Y en sus análisis políticos no deja de colocar en el centro la cuestión petrolera. Así leemos en varios artículos: "Muerto Gómez (dice cuando se sanciona la nueva Ley Petrolera), las organizaciones populares —ORVE, PRP, FEV y BND de Maracaibo— golpearon

con terquedad patriótica sobre la conducta de las petroleras en este país, manejado por ellas como feudo puesto en sus manos por la dictadura. Una campaña tácticamente organizada se desató sobre el imperialismo yanqui-británico, instalado en Venezuela tras de las cabrias y las torres del petróleo. Pero aquel movimiento fue barrido. El viento de la represión se llevó las voces anti-imperialistas. Mas la bandera no fue arriada. Obligadas a vivir en la clandestinidad, las fuerzas populares continuaron su militancia política, comandadas en la ilegalidad por el PDN. . .”

Podríamos citar más, mucho más de esta constante en la que Leonardo ve el origen de todos nuestros males contemporáneos. Pero estos breves trozos son suficientes para la juventud de hoy que ha asumido frente al petróleo la responsabilidad de nacionalizarlo, de hacerlo verdadera fuente de felicidad de nuestro pueblo y no madrastra de nuestras tiranías del siglo XX.

Leonardo en el Táchira tiene el indiscutible valor de convertirse en el eje de una política nacional coherente, dentro de la universalidad de nuestro siglo y sin los remedos aldeanos que vienen por la frontera. Desde el PDN y luego Acción Democrática incorpora los Andes a las corrientes modernas de las organizaciones políticas. Pero esta dura labor en un medio que no dudamos en calificar de hostil a sus ideas —con todo y ser Leonardo un dirigente de la región— le permite afinar más la disciplina, la voluntad de hacer y de crear que más adelante le da la fuerza interior necesaria para conducir la Resistencia de todo el país.

Muy pronto Leonardo descubre que en lo más elemental conviven en el Táchira dos mundos contradictorios. De un lado el espíritu inconforme, rebelde, audaz, del viejo guerrillero Juan Pablo Peña-loza, y del otro, ciertas invocaciones al demonio del gomecismo con una oscura base feudal de guerra santa. Las cosas se tornan peligrosas después del 18 de octubre de 1945 con el derrocamiento del general Isaías Medina Angarita. Leonardo fue Secretario de la Junta Revolucionaria de Gobierno y poco después Gobernador del Estado Táchira, donde parecían renacer, de una manera natural o artificial, las viejas actitudes frente a la vida peñalocera o gomera. Leonardo

como Gobernador no se deja arrastrar hacia estos absurdos terrenos y logra que las discrepancias se diluciden en los marcos del siglo XX, a la luz de las doctrinas fundamentales de nuestro tiempo. Nos interesa este hecho porque el joven gobernante afirma su carácter en la ecuanimidad, la serenidad y sobre todo, la pasión por lograr que su pueblo se incorpore a los grandes acontecimientos del porvenir venezolano y no encuentre en unos signos del pasado reciente, en sentimientos de odio o amor, una falsa guía para sus destinos.

(No, el odio y el amor prestado de otros no puede ser guía para nosotros. Y si esta es una determinante, debemos encontrar nuestros propios odios, nuestros propios amores).

En el Gobierno del maestro Rómulo Gallegos (1948), Leonardo fue Ministro de Comunicaciones. Pero el 24 de noviembre de 1948 de nuevo un golpe militar cambia el rumbo de la historia. Leonardo va a la cárcel y tiene tiempo de reconstruir su infancia y su adolescencia en cortas páginas. Parece buscar ciertos entronques, un balance, un inventario de carne y espíritu para forjarse un destino.

—¿Qué he hecho hasta aquí?

—¿Estoy preparado para esta hora?

—¿Mi cuerpo y mi espíritu resistirán esta nueva prueba?

El 19 de abril de 1949 sale a la calle. Los jóvenes —obreros, estudiantes, profesionales—, reorganizábamos, creábamos una pequeña vanguardia, tratábamos de encontrar un hilo conductor, una línea, un punto de partida. Nos faltaba experiencia e inventábamos e improvisábamos. Nadie sabía si realmente los pasos que dábamos eran buenos o malos. Lo importante era hacer... hacer, a ver qué sale... Varias veces intentamos paros generales, huelgas estudiantiles y petroleras. Lográbamos focos de agitación, de rebe-

lión. Fallaban las comunicaciones, los contactos. La persecución y la prisión impiden un trabajo coherente. Siempre se interrumpen los hilos por las prisiones. Y entonces aparece Leonardo. Más tarde se incorporan Alberto Carnevali y muchos otros. Queremos despistar la persecución policial contra Leonardo. Necesitamos una finta; aparece su foto cuando baja de un avión en el exilio. Un instante de tregua para mejorar la organización, los escondites, los correos, las estafetas, las publicaciones, los diversos niveles de comando. Necesitamos vehículos, transmisores, pantallas legales, laboratorios, armas, confianza en nosotros mismos. Cierta entrenamiento ante el aparato policial. Servicio de inteligencia y contrainteligencia, brigadas especiales, enlaces militares y con los otros partidos de la Resistencia. Imprentas, servicios de distribución. Comando sindical, juvenil, campesino, petrolero, claves, en fin Leonardo crea todo un mundo subterráneo. La persecución se recrudece. La policía —Seguridad Nacional— tortura, asesina, agrega a las viejas cárceles campos de concentración y trabajos forzados.

Leonardo es la cabeza de todo este aparato. Sus palabras llegan puntuales a todas las estafetas. Se multiplica. Pero llega fresco y jovial a las reuniones. La persecución es a muerte. Todos sabemos que en cualquier momento lo matarán y que muchos de nosotros también vamos a desaparecer. Nos parece que somos seres raros, extraños, que apenas tenemos satisfacciones personales en el trabajo clandestino diario.

Una noche Leonardo logra escapar de una trampa en medio de una balacera. Y otra y otra. Y otra vez Ramones Romero con unos jóvenes hace frente a la policía para darle tiempo a Leonardo a que se pierda en las sombras. Es una leyenda que nos abarca a todos.

No, nosotros no teníamos tiempo para pensar en la muerte.

A veces llegábamos dos o tres jóvenes a una casa. La casa de la reunión o se iluminaba toda o quedaba a oscuras en algunos lugares. Había señalamientos, interpretaciones de sonidos, de ruidos, de silbidos, de música o una conversación de una pareja de enamorados. Podía haber un hombre en el techo con un fusil. O nadie,

la soledad de unos carros o unos perros que ladran. La noche da la clave para descubrir los peligros. Una pantalla de cualquier cosa que pareciera normal. Y nos sentábamos alrededor de Leonardo, atentos a sus palabras o a la noche silenciosa y acechante. La pistola nos daba la seguridad de su huida. Y él no se llamaba Leonardo ni nosotros tampoco usábamos nuestros nombres actuales. Documentación falsa. Historia de nuestras vidas, falsas. El era Alfredo y en la combinación de otras letras formábamos una clave de emergencia para los temores y para las consignas. Veníamos de la Universidad, de los sindicatos, de los periódicos, de los cines, de las novias, de un cerro de mitines relámpagos, o de células especiales o normales. (¿Era Neruda otra vez en la clandestinidad, de puerta en puerta con un mensaje de libertad?)

El salía primero de la reunión. Luego nosotros, uno a uno, a la tarea diaria, en silencio, extraños unos de otros porque no debíamos conocernos. Pero cada uno de nosotros era un Leonardo. ¡Qué difícil iba a resultar para la dictadura liquidarlo!

Lo supimos en Guasina y Sacupana después de una larga jornada de trabajos forzados:

—Mataron a Ruiz Pineda...

Y los jóvenes rompimos camisas y medias negras para simbolizar el luto de nuestros corazones.

Años después leímos el informe de la autopsia:

“Conforme se expresa primeramente en dicho informe, los nombrados facultativos fueron llamados a las 8:30 p.m., del 21 de octubre de 1952, para reconocer en la Avenida Principal de San Agustín del Sur, a la salida del Sexto Pasaje, el cadáver del ciudadano Leonardo Ruiz Pineda, hombre fuerte...

“1^a— Herida por arma de fuego con orificio de entrada a nivel de la concha temporal derecha, hacia arriba y atrás de la raíz

de la oreja, de bordes redondeados y regulares, de cinco milímetros de diámetro, sin quemaduras ni tatuajes. El orificio de salida está situado en el lado izquierdo de la región frontal, a tres centímetros por encima de la ceja; medía tres centímetros de ancho, era de borde irregular y está dirigido oblicuamente de arriba abajo y de adelante atrás. 2ª— Herida por arma de fuego con orificio de entrada, de forma redonda, de cinco milímetros de diámetro, situada en la cara lateral izquierda del cuello, a uno y medio centímetros por debajo de la raíz del lóbulo de la oreja correspondiente; alrededor de esta herida se apreció un halo de quemadura de un centímetro de espesor. El orificio de salida estaba situado en la misma región lateral del cuello, un poco hacia atrás y abajo de la anterior, era de forma redondeada, con quemadura en sus bordes y de un centímetro de diámetro. . . ”

¿Esas dos heridas eran suficientes para desplomar 35 años de intuición, sabiduría, versos, sentimientos, coraje, todo lo que forma la madre-libertad en un hombre?

No. No eran suficientes. Lo habrían sido si la juventud no retoma su destino, su mensaje de liberación y dignidad, tal como lo dice el extraordinario Alberto Carnevali, el mismo día que mataron a Leonardo:

“...juramos serena y resueltamente que no desmayaremos en ningún momento hasta lograr el ideal revolucionario de la liberación de nuestro pueblo, por el cual rendiste tu vida tan noble y gloriosa”.

Muchos jóvenes de ayer lo seguimos en sus posiciones revolucionarias y en sus métodos de lucha. A muchos nos quedó para siempre la marca de su vida y de su muerte como una realidad ejemplar. Siempre nos ha acompañado en nuestras luchas y nunca nos ha abandonado su espíritu en las horas difíciles.

Quiero recordar las palabras finales que escribí en un reportaje, hace algunos años:

"Leonardo cayó y siempre dijo a la juventud que no lo fueran a confundir con los falsos. Aquellos que invocan la palabra libertad para establecer una dictadura y gozarla a todo sexo y a toda inversión bancaria.

Leonardo cayó, ¿es el número cuánto de nuestros mártires?"

Ahora —luz u oscuridad, dolores o alegrías— nos queda en el espíritu algo más que sus banderas de papel que nunca terminan de quemarse en esas llamas.

Caracas, 21 de octubre de 1974.

Lo vi por última vez, ya en la clandestinidad, pocos días antes de mi partida para México, en noviembre de 1950. Su abominable asesinato, en 1952, fue un duro golpe para mí. Ese era su destino. Pudo ser un buen abogado, un notable escritor o uno de nuestros más grandes periodistas. Pero, en el fondo, era un místico del Deber, y al deber lo sacrificó todo: juventud, porvenir, amor y, finalmente, la vida. A veintidós años de su muerte he comprendido que Leonardo Ruiz Pineda nació para el sacrificio, y cumplió fielmente su destino. Entre todos los de su generación y de su pensamiento, fue único: valiente, sincero, recto, incorruptible y leal hasta morir. Estas escuetas y desoladas palabras son testimonio de mi amistad y admiración por aquel muchacho universitario, venido desde muy lejos, y que supo elevarse por encima de su amable terruño tachirense, para convertirse en mártir de la democracia y héroe nacional del pueblo venezolano.

PEDRO BEROES

Caracas, octubre 26, 1974.

Edición / Homenaje para ser distribuida en la Exposición Iconográfica de

LEONARDO RUIZ PINEDA

patrocinada por el Presidente de la República, señor Carlos Andrés Pérez, en la Sociedad SALON DE LECTURA. San Cristóbal, el 8 de noviembre de 1974.